

ANIVERSARIO DE NICOLÁS MAQUIAVELO (UNIVERSIDAD LIBRE DE BOGOTÁ, AÑO 2013).

EL CARÁCTER REPUBLICANO DE LA OBRA DE MAQUIAVELO

José Ignacio Lacasta Zabalza, catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Zaragoza (España). Proyecto Consolider-Ingenio 2010 “El tiempo de los derechos”. CSD2008-00007.

Introducción.-

Esta intervención quisiera transmitir dos consideraciones elementales sobre el análisis de la producción de Nicolás Maquiavelo: a) la primera aborda que una cosa es lo que propone Maquiavelo y otra muy diferente lo que se entiende en el lenguaje político común como “maquiavelismo” b) la segunda, es el intento de tratar a Maquiavelo como un clásico del pensamiento, en sus textos y en su contexto; labor desde la cual se va a deducir que su obra asienta los pilares fundamentales de la doctrina republicana moderna o hasta lo que se ha dado en llamar el *patriotismo constitucional* de nuestros días. Al estilo de lo dicho sobre el republicanismo y las virtudes cívicas de las pautas patrióticas de Maquiavelo, cuyo programa recoge y amplía Maurizio Viroli para deslindarlo de cualquier mero nacionalismo (Viroli, 1997, pp. 16-20). Modelo que tiene como faro simbólico la antigua República de Roma y que inspira también los levantamientos constitucionales, el neorromanismo, de Gran Bretaña revolucionaria de Cromwell y de la independencia de los EE.UU de América, al autorizado decir de Quentin Skinner (Skinner, 2004).

Por “maquiavelismo” suele entenderse una doctrina en la que el fin justifica los medios; y al que la pone en práctica se le acostumbra a retratar como un ser sin escrúpulos, retorcido, que no para mientes con tal de conseguir lo que se ha propuesto. Maquiavélico podría ser el Sumo Pontífice de Roma Alejandro VI, el padre de César Borgia (dinastía familiar española), que nuestro autor florentino Maquiavelo describe en su obra más conocida –pero no la más significativa- *El Príncipe*. Como un ser especialmente dotado para el engaño y para no mantener sus promesas ni su palabra (Maquiavelo, 1979, p. 87):

“El papa Alejandro VI no hizo nunca otra cosa más que engañar a los otros; pensaba incesantemente en los medios de inducirlos a error, y halló siempre la ocasión de poderlo hacer.”

Así que “tener habilidad para fingir y disimular” es uno de los muchos consejos que Maquiavelo da a los príncipes para que mantengan y conserven el poder. Ese cúmulo de admoniciones comprendidas bajo la única máxima del *fin que justifica los medios* ha pasado a ser, en su dimensión vulgar, lo que se denomina como maquiavelismo. Que el propio Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia define, en una de sus acepciones, como “Modo de proceder con astucia, doblez y perfidia”. Aunque, en otra dirección, el mismo Diccionario nos recuerda que también es un ideario político fundado “en la preeminencia de la razón de Estado sobre cualquier otra de carácter

moral”. Así que ya despunta aquí Maquiavelo como un gran teórico de la razón de Estado. Pero el ideario de Maquiavelo es mucho más, en cantidad y calidad, que una porción de asesoramientos desligados de la ética y en orden a ejercer el poder estatal cueste lo que cueste.

Para el lenguaje periodístico de nuestro tiempo, una figura “maquiavélica” vendría a ser alguien perverso, siniestro, que persigue y obtiene sus objetivos mediante el empleo de cualquier método. Por ejemplo, un personaje colombiano como el fallecido presidente Alfonso López Michelsen, que aparece en la magnífica serie televisada *Escobar, el patrón del mal*. Donde se entrevista con el mismísimo patrón del mal, Pablo Escobar, si bien sus intenciones eran las de acabar con una situación de violencias y muertes que sacudían la sociedad civil de Colombia. Aparte queda la indiscutible talla intelectual de López Michelsen y sus excelentes trabajos escritos, pero de ese encuentro con Escobar no acertaríamos en nada al calificarlo de modo banal como un ejercicio de “maquiavelismo”. Son quisicosas del ejercicio del poder en Colombia que no hay que justificar, juzgar ahora, ni es el momento para hacerlo. Quedemos de momento en que es un inadecuado uso del idioma político el tipificar como maquiavélico o maquiavelismo todo desajuste grave entre ética y política. No hay nada menos acoplado entre uno y otro ámbito que la corrupción, pero es el mismo Maquiavelo quien opone con estilo muy republicano la *virtú*, las virtudes de la ciudad y la ciudadanía, a la política ejercida de modo depravado y corrompido.

A no ser que atribuyamos injustamente a Maquiavelo toda la adoración por el uso de la fuerza y la astucia que preconiza no solamente el siglo XVI sino también el XVII y buena parte del casuismo moral católico. El jesuita Baltasar Gracián, cuya escritura mereció la admiración de Nietzsche y Schopenhauer, emplea en el siglo XVII las mismas metáforas sobre los disfraces del poder que divulgó Maquiavelo (la zorra o vulpeja y el león, por ejemplo) y similares ideas o vestidos del cultivo de la potencia de la autoridad. Gracián consideraba a Maquiavelo, en línea mental del jesuita con el Vaticano, un hereje representante de lo “maligno de estos siglos”; pero era también un admirador de uno de los modelos de *El Príncipe*, el rey español Fernando el Católico, y del respeto que éste imponía debido a su pujanza y vigor, a su imperio y mando, tanto en lo político como en lo militar, ya que (Gracián, 1985, p. 149):

“un príncipe desarmado es un león muerto a quien hasta las liebres le insultan.”

Maquiavelo tiene su actualidad, es moderno en el sentido etimológico de la palabra; porque es un teórico del poder y éste, y su estudio, nunca pierden vigencia. Por otro

lado, sabe separar con mucho sentido práctico los deseos de las realidades, el deber ser del ser, con un predominio indubitable de lo que existe, lo que hay en realidad, lo que es. Son bien modernos, incluso perennes se podría decir, sus remedios prácticos para combinar la participación de los muchos, la plebe, con la intervención de los pocos, las élites oligárquicas (unos y otras siempre necesarios para el buen gobierno del Estado). Y todo eso siempre lo hace atractivo y dotado de una fuerza argumentativa que impresiona. Pero sobre todo es un clásico del pensamiento. Y un clásico, escribía Ortega y Gasset, es como el Cid Campeador que, al decir de su triunfante leyenda, ganaba batallas hasta después de muerto (ha quedado para la posteridad la imagen de su cadáver montado a caballo que espantaba y hacía retroceder a sus enemigos sarracenos).

Que Maquiavelo ganó contiendas para la posteridad lo atestigua su lectura por parte de Simón Bolívar, quien dedujo, según el bien documentado trabajo de Eduardo Rozo, tres ideas fundamentales para la acción del Libertador en pos de la independencia de las viejas colonias americanas de España: a) el concepto de las buenas armas, pues Maquiavelo rechazó los ejércitos mercenarios y propuso unas fuerzas militares compuestas exclusivamente por patriotas b) el concepto de las buenas leyes, dado que el gobierno que se rige por esas normas es el único que a la larga garantiza la estabilidad y buen funcionamiento de la República c) y el concepto de la ciudadanía virtuosa, dado que solamente buenos gobernantes y gobernados, combatientes constantes de la corrupción, llenos de virtud generosa en el sentido republicano del término, capaces de sacrificarse por el bien común, pueden ser los destinatarios y agentes del ejercicio libre del poder institucional (Rozo, 2007, p. XXXVII). Arquetipo que Maquiavelo desenvuelve en otra obra menos conocida, pero quizá más relevante, que *El Príncipe*; se trata de sus famosos *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (Maquiavelo, 2009). Modelo histórico extraído también de la Antigüedad, el de Simón Bolívar como el de Nicolás Maquiavelo, que tiene como horizonte dominante la República de Roma anterior a su constitución como Imperio. Cuando la ciudadanía de tiempos de Cicerón y Julio César tenía como lema en latín *Dulce et decorum est pro patria mori* o, de manera significativa, hacía suyo ese suave y trágico ideal de la dignidad de morir con lenidad por la patria común de todos los romanos.

2.- El contexto histórico de Maquiavelo.

Nicolás Maquiavelo vivió entre 1469 y 1527, desde la segunda mitad del siglo XV a la primera del XVI. Él fue Secretario varios lustros de la República de Florencia, de su

Segunda Cancillería ocupada en asuntos militares y de interior, aunque también formó parte de diversas e importantes legaciones diplomáticas con responsabilidades en el exterior. Tras la República, cayó en desgracia a la vuelta de los Médicis al poder (del que fue alejado en el último período de su vida). Así que no solamente era un teórico de la política sino un alto funcionario con no poca experiencia.

En ese tiempo había dos paradigmas dominantes de la construcción del poder político en Europa. Por un lado, los primeros pasos de las *sociedades cortesanas* organizaban el poder alrededor del monarca y su corte. Francia y España se estructuraban mediante una serie de círculos concéntricos que finalizaban en la figura del rey, centro de la circunferencia, quien tenía los máximos atributos del Estado. *El Estado soy yo*, que dijera unos años más adelante un monarca francés, no era algo jactancioso sino que describía un proceso de centralización de un modo muy realista. Así como un tiempo en el cual no existía todavía una perfecta separación entre lo personal y lo profesional en la esfera política. Y el concepto de *soberanía*, que elabora por esa época el francés Jean Bodin, no es sino el atributo exclusivo de los reyes que no lo comparten con la aristocracia, ya para siempre subordinada a los designios regios, ni con la Iglesia católica, que tampoco está en condiciones de disputar el cetro, como sí lo hizo en la Edad Media, al poder único de la Corona y su titular. Una sola Hacienda, un Ejército permanente, un sistema impositivo, una burocracia organizada de modo creciente, son rasgos de un proceso de centralización racionalizada que da lugar al Estado moderno, en cuya cúspide se ubican los reyes de España y Francia según el ejemplo aquí aducido. Así lo vio Norbert Elías como algo característico de una etapa primitiva del desarrollo de las sociedades estatales europeas (Elías, 1982, p. 10):

“El ascenso de la sociedad cortesana responde indudablemente a los impulsos de la creciente centralización del poder y al monopolio cada vez mayor de las dos decisivas fuentes del poder de cada soberano central: los tributos de toda la sociedad -‘los impuestos’ les llamamos hoy día- y las fuerzas militar y policíaca.”

Al lado de esta forma cortesana del Estado había otro paradigma de construcción de las instituciones modernas, que es en el que vive Maquiavelo en su Florencia natal: el de las *ciudades-Estado*. Venecia, con su flota y su comercio internacional tan bien planificado, aunque sus instituciones son más aristocráticas que las de Florencia. Ésta, donde vive y trabaja Maquiavelo como alto funcionario, con sus órganos de poder reducidos o bien asamblearios, pero donde penetran ya los vientos democráticos en equilibrio o lucha con los elementos aristocráticos. El uno, el *gonfaloniere* (cargo

ejecutivo y unipersonal vitalicio de altas competencias), los pocos u *ottimati* representantes de la oligarquía, y los muchos como expresión de la plebe o *populares*, participaban en diversos órganos, consejos y asambleas, siempre en competencia por los muy diversos intereses que caracterizaban a esas clases sociales y políticas. Los ochenta bancos de esa ciudad desde los que se ejercita el poder financiero coordinado por un Banco Público (Il Monte), sus treinta mil obreros del poderoso emporio textil florentino y sus telares, alineados en fuertes gremios, así como el artesanado que ha recibido un constante impulso en los siglos XV y XVI, todo ello articulado en torno a los fructíferos cultivos agrícolas de la Toscana, delimitan los contornos de una sociedad moderna donde se discute en unos cenáculos literarios con amplia participación de las mujeres de la urbe, y de una moral social, unos hábitos, siempre resultantes del entendimiento y de la confrontación con la moral católica (pues el Vaticano mismo es percibido, y desde luego por Maquiavelo, como un enemigo natural de las ciudades-Estado). Una flota numerosa con algunos barcos de más de mil toneladas, que trafica con Asia Menor, norte de África y todo el Mediterráneo, nos da alguna idea de la complejidad y alto desarrollo en todos los órdenes de Florencia como ciudad-Estado. Pero quizá sea el arte, el David de Miguel Ángel, la personalidad y el universalismo también tecnológico de Leonardo da Vinci, lo que retrate mejor, por su inspiración en la Antigüedad grecorromana y su increíble perfección, hasta dónde llegó el despliegue de una sociedad tan avanzada como la florentina (Pocock, 2008).

Pese a esta fenomenal evolución de las ciudades-Estado como Florencia y Venecia, la situación política y militar de Italia en la época no podía ser peor ni ofrecer una imagen más negativa a causa de su profunda división. El sur estaba en manos españolas por la tradicional dependencia de Nápoles y Sicilia de la Corona de Aragón, en medio se ubicaban los Estados Pontificios que no se limitaban a un gobierno meramente religioso y poseían sus fuerzas armadas, sobre todo de mercenarios suizos y alemanes (uno de cuyos restos simbólicos es la actual Guardia Suiza), y al norte, siempre en disputa con España por el ducado de Milán, tomaban cuerpo las ambiciones de Francia que llegaron a amenazar hasta los dominios de Venecia. Las ciudades-Estado se encontraban muy incómodas ante el poderío militar de España y Francia y el chalaneo constante del Vaticano con estas dos potencias. Francesco Guicciardini es contemporáneo de Maquiavelo, amigo suyo, y un hombre muy inteligente que fue embajador de Florencia ante el Rey Fernando el Católico. En su *Oratio Accusatoria* veía así, de esta manera

dramática, la situación de Florencia ante la tenaza armada que representaban los ejércitos de España y Francia (Guicciardini, 1988, p. 36):

“Nuestra tradición no era la de intervenir en la guerra entre estos dos grandes príncipes, sino la de poner toda la atención en defenderse y liberarse de quien vencía a tenor de las ocasiones y las necesidades. No era tarea nuestra querer dar leyes a Italia, convertirnos en dueños y censores de quien había de dejarla: no el mezclarnos en las lides de los principales príncipes cristianos; nuestras necesidades eran las de estar a bien con todos, hacer que nuestros comerciantes, que son nuestra vida, se hallasen seguros por doquier; no ofender a ninguno de los grandes príncipes si no era a la fuerza, y haciendo que la excusa acompañara la ofensa y que la ofensa no se viera antes que su necesidad. No necesitábamos gastar nuestro dinero en nutrir guerras ajenas, sino reservarlo para protegernos contra las victorias; no para afligir y poner en peligro la vida y la ciudad, sino para nuestro reposo y salvación.”

Aunque el diagnóstico se aproxima bastante al de Maquiavelo, éste no se deja llevar por ese abatimiento y resignación que transmite su amigo Guicciardini. Con todo, algo común despunta ya en las reflexiones de Guicciardini y Maquiavelo. La causa de Florencia es la de la unidad de Italia. Cuyos obstáculos son esos dos reinos (Francia y España) y muy en particular el poder temporal del Papa, que no tiene la más mínima voluntad ni interés en la consecución de ese Estado italiano unificado. Por eso no es de extrañar que, durante varios siglos, éste haya sido también el presupuesto estratégico de todo el pensamiento y toda la acción liberal y democrática en Italia. No es causalidad que el tardío logro unitario en el siglo XIX, de la mano militar heroica y muy conocida de Garibaldi, fuera una intervención sobre todo contra los reyes españoles de la Casa Borbón de Nápoles y los Estados Pontificios. *Zurcir un Estado unitario*, dijo Antonio Gramsci en genial síntesis histórica, fue el objetivo de siglos de lo mejor del pensamiento primero ilustrado, y luego liberal y democrático, italiano (Gramsci, 1974, pp. 293-294).

Desde luego Maquiavelo no es Guicciardini. No cree que haya que cruzarse de brazos o simplemente comerciar. Es una tarea a la altura de un Moisés bíblico, de un Ciro de los persas o, mejor, de un mitológico Teseo que unificó Atenas imponiéndose a todas las fuerzas fragmentadas y centrífugas que atomizaban el poder político de la antigua Grecia. Los símbolos citados, recogidos en su célebre capítulo XXVI de *El Príncipe*, no pueden ser más pertinentes al retratar lo grandioso y difícil de esos trabajos consistentes en arrojar a los *bárbaros* fuera de Italia. Es atractivo ese patriotismo republicano de Maquiavelo que pasa por conseguir la independencia nacional italiana. Para lo cual no propone solamente deseos sino remedios prácticos, con su famoso engarce entre las cuestiones militares y políticas, su doctrina de las buenas armas, que tanto llamara la

atención de Simón Bolívar. Es la época en la que nacen la artillería y las armas de fuego, en la que el declive de la caballería como arma también presupone la fuerza combatiente de la infantería que entonces, como hoy, es la que decisivamente ocupa los espacios conquistados o defendidos. Admira Maquiavelo la potencia de los infantes suizos y la movilidad de la caballería francesa, pero son los ejércitos españoles, tropas que comandó el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, quienes le han demostrado sobre el terreno su capacidad posible para derrotar con sus soldados de a pie y sus mandos, sus ágiles movimientos y ferocidad en el combate, a los caballeros franceses y a los temibles mercenarios alemanes (como se vio en la batalla de Rávena).

Es preciso así que Italia se rearme, son necesarios los líderes de la talla de un Teseo griego, pero sobre todo es imprescindible la recuperación de la “virtud militar de los italianos” (Maquiavelo, 1979, pp. 125-130). No en vano este citado capítulo XXVI de *El Príncipe* lleva por título liberador, destacado por el mismo Maquiavelo: *Exhortación a librar la Italia de los bárbaros*.

3.- La forja de un proyecto republicano.

La genialidad de Maquiavelo le lleva a teorizar en el plano estratégico sobre las cuestiones militares, que él mismo considera decisivas. A ello se dedica en su obra *Del arte de la guerra* (Maquiavelo, 2008). De este libro, muy difundido a partir de la muerte de su autor, se desprende que el espíritu italiano ha de salir del adocenamiento y relajación de las épocas recientes y pasadas. Ya quedaron atrás los tiempos medievales de las guerras caballerescas y casi galantes en las que, lo repite Maquiavelo, no había muertos. No puede ser que semejantes avances en lo cultural, artístico, económico, científico e intelectual, en todos los órdenes, que asisten a la próspera sociedad italiana de fines del siglo XV e inicios del XVI, todo eso no se haya traducido políticamente más que en una dependencia sumisa de los reinos de Francia y España, con el intermediario Sumo Pontífice de Roma y sus extensos territorios de un armado Estado papal en la mitad de la península. Pontificado católico que no era más que un terrible factor de división entre italianos y de compadreo constante con las coronas extranjeras. Por todo eso, Italia ya no puede ser más esa especie de león desarmado, objeto de befa y desprecio de todos los poderes extranjeros. Para ello ha de pertrecharse, organizar sus fuerzas militares propias y cambiar de arriba abajo el espíritu italiano para que éste adquiriera las virtudes –las cita varias veces– de los soldados suizos, su disciplina y entrenamiento regular, así como el arrojo y agilidad de los españoles en el combate

cuerpo a cuerpo y la movilidad de las tropas francesas ya capacitadas hasta para rápidas marchas nocturnas (lo que era toda una novedad en aquel tiempo). Maquiavelo no es partidario de las guerras largas, de desgaste, sino de las fuertes confrontaciones veloces y del aniquilamiento del enemigo: que ha de ser el principal objetivo de toda guerra, anticipándose así en muchos años a las doctrinas de Carl von Clausewitz. Con quien coincide también en contemplar el fenómeno ineludible de la guerra como una prolongación de la actividad política o en estrecha interrelación con ésta.

La posesión de un ejército bien disciplinado y mejor dirigido es requisito imprescindible para todo poder que se presuma fuerte, centralizado, debido a esa ligazón existente entre la política del Estado, de todo Estado, y la guerra. Para la que ya no sirven los encuadramientos mercenarios a las órdenes de un *condottiere* o señor de la guerra a sueldo de un gobierno o ciudad. Esas tropas pueden volverse contra quienes defienden, son capaces de no atacar cuando deben hacerlo o cruzarse de brazos en momentos decisivos, pues son ajenas a los móviles e intereses de quienes les contratan por dinero; no tienen más corazón que el de su soldada o paga como se resalta en la literatura de la época. Lo afirma el propio Maquiavelo, esto es lo que ha sucedido durante muchos años en el ámbito bélico italiano (Maquiavelo, 1979, p. 63):

“La experiencia nos enseña que únicamente los príncipes que tienen ejércitos propios y las repúblicas que gozan del mismo beneficio hacen grandes progresos, mientras que las repúblicas y príncipes que se apoyan sobre ejércitos mercenarios no experimentan más que reveses.”

Se debe, pues, organizar una milicia patriótica, siempre compuesta por *gentes del mismo territorio* o de la propia patria (esto es importantísimo para Maquiavelo) y a la que se le pague el salario en tiempo de guerra; entrenada y ejercitada también durante la paz (como los soldados suizos y alemanes) y, dice Maquiavelo (Maquiavelo, 2008, p. 42):

“si la organización de una milicia así produce alguna molestia en tiempo de paz, que no lo creo, se ve compensada por los beneficios que reporta al país la existencia de un ejército bien organizado, porque sin él no hay cosa segura.”

Maquiavelo anticipa así la nación en armas que se verá en las huestes británicas de los *ironside* de Cromwell y en las milicias que dieron la independencia a los EE.UU, así como en las de la Revolución francesa, su Convención y hasta las que incluyeron las formaciones combatientes de Napoleón Bonaparte o nuestro Simón Bolívar. Y, como si fuera una suerte de positiva profecía maquiavélica, la milicia del siglo XIX que por fin hizo posible la unidad de Italia a las órdenes de Garibaldi no era otra cosa que el pueblo en armas; en lucha, eso sí, contra sus seculares enemigos: como ya antes se anunció, los

Borbones españoles del Reino de Nápoles y el Sumo Pontífice y sus Estados, casi como en tiempos de Nicolás Maquiavelo.

Esa nación en armas, las milicias patrióticas, las buenas armas en definitiva como lo percibió Simón Bolívar, ya constituyen un importantísimo *rasgo republicano* del programa de Nicolás Maquiavelo. Quien otorgaba un efecto definitivo en la historia a que se reclutasen las tropas nacidas en la propia tierra o ciudad (Maquiavelo, 1979, p. 72):

“Si se quiere subir al origen de la ruina del imperio romano se descubrirá que ella trae su fecha de la época en que él se puso a tomar godos a sueldo...”

Los bárbaros del Norte (godos) no sirvieron militarmente a Roma sino que la sometieron para su uso y disfrute. Así que las *fuerzas propias*, con rechazo de las mercenarias o auxiliares, son el brazo guerrero de toda República y están siempre compuestas por soldados y ciudadanos de la misma.

Su actitud ante la religión cristiana igualmente posee su republicano interés. La religión puede ser utilizada por el príncipe si ello sirve para mantener y estabilizar el poder en determinados momentos. En una concepción instrumental del cristianismo, desde un sentido regalista o galicano como se le llamó después, de subordinación completa de la Iglesia al mando regio. Pero la República no puede ser legitimada por la religión, eso solamente sucede en lo que Maquiavelo llama “principados eclesiásticos” y muy en particular se predica del Papa de Roma. La soberanía de la Iglesia no se discute al estar fundada –recuerda Maquiavelo– por Dios mismo. Estos dominios no necesitan estar fundamentados por instituciones y su adquisición es ajena al valor del príncipe. Pero en la práctica el Sumo Pontífice se ha convertido en un poder temporal y geográfico de primer orden. Una vez superadas las tradicionales disensiones intestinas de Roma entre las familias de Urbinos y Colonnas que se disputaban el papado, la aparición del ya mencionado Alejandro VI, de la familia española de los Borgia, hizo incrementar notablemente las posesiones e influencia de los Estados pontificios. Primero aliado a los franceses, Alejandro VI se apoyó en el brazo militar de su nada putativo hijo César Borgia, luego con el incremento de su dinero y fuerzas propias, acreció sus territorios y destruyó a sus opositores internos en la ciudad de Roma. Todo lo cual heredó el papa Julio II, quien en línea ascendente redujo a los venecianos, conquistó Bolonia y arrojó de Italia a los franceses; cuando a todos, propios y extraños, les “tenía espantados la grandeza de la Iglesia” (Maquiavelo, 1979, pp. 58-61).

La Iglesia católica es un caso especialísimo de poder, una teocracia que ha convertido su capital simbólico, la religión, en extensos territorios, dinero, riquezas y fuerza militar. Su doctrina cristiana, además, no crea buenos ciudadanos dispuestos a luchar con las armas por su urbe o nación, sino que inculca la sumisión, la resignación, la pasividad y el conformismo; es una doctrina de la indefensión, tal y como ya lo reprochaban a los primitivos cristianos los ciudadanos del Imperio romano. No es todo eso, de cierto, lo que legitima la República de Nicolás Maquiavelo. Que se inspira en la –ya lejana en el tiempo– Roma de Cicerón historiadada por Tito Livio. Pues el humanismo del Renacimiento en su conjunto, de Maquiavelo a todo un Michel de Montaigne, ha revalorizado las obras clásicas de la Antigüedad y el pensamiento filosófico griego y romano con el cual dialoga constantemente.

No es casualidad, pues, que Maquiavelo se haya ido a fijar en la producción histórica de Tito Livio (Maquiavelo, 2009). A tenor de los expertos, como el catedrático de Historia Antigua de la Universidad del País Vasco de España, Antonio Duplá, el valor de esas fuentes clásicas está fuera de toda duda (Duplá, 2003, pp. 12-15).

“...la imagen tradicional de Roma arcaica se basa en los primeros historiadores y analistas romanos y ha llegado hasta hoy, en gran medida, gracias al relato de Tito Livio.”

Experiencia sin duda idealizada por Tito Livio sobre la grandeza de Roma, pero de la que queda en la historiografía de más actualidad un cuadro institucional bastante atractivo de la República romana, entre el Senado, los cónsules y los tribunos de la plebe, con la influencia de la filosofía griega en la península itálica (los papiros de Epicuro encontrados en las bibliotecas de Pompeya son una buena muestra de ello); pero, en lo que aquí nos atañe, es sobre todo el conflicto patricio-plebeyo el que conduce, observa Duplá, a una aceptación básica de la historicidad de lo ocurrido, según Tito Livio, la documentación que ha pervivido y todos los posteriores trabajos de los historiadores.

Maquiavelo no copia a Tito Livio y sus reflexiones no son una reproducción mecánica de lo que expone el historiador romano. Pero sí elabora toda una filosofía de la historia que tiene como narración inspiradora los escritos de Tito Livio y las contradicciones entre patricios y plebeyos. Tito Livio, recuerda Skinner, consideraba incompatible la libertad del Estado con la presencia de un rey. Ninguna comunidad dirigida por un monarca puede considerarse un Estado libre. Aquí Maquiavelo lo matiza, lo suaviza, y aunque prefriere de todos los regímenes la República, admite en esta obra sobre Tito Livio que un príncipe pueda ser gobernante de un Estado libre, con tal que esta

institución estatal se autogobierne mediante su propia e independiente voluntad (Skinner, 2004, p. 40). Difícil equilibrio, que luego en la historia se ha demostrado posible en las monarquías constitucionales escandinavas y holandesas de Europa, en la peculiar corona británica, pero fue imposible en la soberanía compartida con el Parlamento de los Borbones en España (por la traición de Alfonso XIII a las Cortes en los años veinte del siglo XX), y se ha manifestado luego en un *statu quo* monárquico de coexistencia con la democracia, no sin problemas (muy agudos hoy en España), en el conjunto de Europa donde todavía pervive esa anacrónica y hereditaria institución coronada.

Pero la genialidad de Maquiavelo pretende sacar partido positivo a la lucha de clases realmente existente entre pobres y ricos en la República de Florencia. Para ello toma como pretexto erudito a Tito Livio y su análisis de las contradicciones entre patricios y plebeyos que, debidamente encauzadas, con la creación de las instituciones adecuadas (como los tribunos de la plebe), pueden servir a la marcha positiva de la República en todas las direcciones (Maquiavelo, 2009, p. 42):

“No se puede llamar, en modo alguno, desordenada una república donde existieron tantos ejemplos de virtud, porque los buenos ejemplos nacen de la buena educación, la buena educación de las buenas leyes y las buenas leyes de esas diferencias internas que muchos, desconsideradamente, condenan, pues quien estudie el buen fin que tuvieron encontrará que no engendraron exilios ni violencias en perjuicio del bien común, sino leyes y órdenes en beneficio de la libertad pública. Y si alguno dice que los medios fueron extraordinarios y casi feroces, pues se ve al pueblo unido gritar contra el senado, al senado contra el pueblo, correr tumultuosamente por las calles, saquear tiendas, marcharse toda la plebe de Roma, cosas que espantan más que otra cosa, al que las lee, le respondo que toda ciudad debe arbitrar vías por donde el pueblo pueda desfogar su ambición, sobre todo las ciudades que quieren valerse del pueblo en los asuntos importantes; de éstas era la ciudad de Roma, que lo hacía de esta manera: cuando el pueblo quería que se promulgase alguna ley, o protestaba de la forma que hemos descrito o se negaba a enrolarse para la guerra, de modo que era preciso aplacarlo satisfaciendo, al menos en parte, sus peticiones.”

Cita extensa, pero insoslayable, porque la esencia de la República de Maquiavelo es que sin el pueblo, aunque éste a veces se enfade, no se puede gobernar. Y de ahí la *legitimidad* preferente que es la combinación en la República, en la florentina y en todas las ciudades-Estado, de los muchos (la plebe) y los pocos (los oligárquicos *ottimati*). El *bien común*, noción heredada de la escolástica aristotélico-tomista, se identifica así con las *buenas leyes* que agrupan los intereses aparentemente tan dispares de patricios y plebeyos: y eso es exactamente la ensambladora República, con un motor capaz de impulsar con fuerza una vitalidad política que parece no tener límites en el ideal de Maquiavelo. Quien desee apoyar su soberanía solamente en los grandes u oligarcas,

tendrá una situación bastante insegura, dado que los patricios siempre se consideran iguales entre sí y ponen en lucha constante sus propias ambiciones, siendo como son renuentes a obedecer a nadie. En cambio, el apoyo del pueblo llano es necesario pues de modo inevitable se compone “de un grandísimo número de hombres”, con una seria ventaja sobre los ricos, ya que éstos permanentemente aspiran a oprimir, en tanto que la plebe “limita su deseo a no serlo”. El pueblo es imprescindible ya que siempre está ahí con sus multitudes, en tanto que los pocos poderosos pueden cambiar de número y alianzas como resultado de sus diferencias y recomposiciones (Maquiavelo, 1979, pp. 52-53):

“El que consigue la soberanía con el auxilio de los grandes se mantiene con más dificultad que el que la consigue con el del pueblo (...) Y entre cuantos le rodean –del pueblo- no hay ninguno, o más que poquísimos a lo menos, que no estén prontos a obedecerle.”

Porque, de lo que al final se trata, es de aunar estas dos fuerzas en apariencia tan antagónicas, como en la Roma arcaica, para la consolidación de una misma idea: la República de todos como resultado de operar la difícil suma de los pocos y los muchos. Ni más ni menos que como hoy también sucede. Como siempre en todo gobierno político bien compuesto.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ELIAS, N., (1982), *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica.

DUPLÁ ANSOÁTEGUI, A., (2003), *La República romana arcaica*, Madrid, Síntesis.

GRACIÁN, B., (1985), *El político don Fernando el Cathólico*, prólogo de Aurora Egido, Zaragoza, Institución Fernando el Católico/CSIC.

GRAMSCI, A., *Antología*, edición de Manuel Sacristán, Madrid, Siglo XXI.

GUICCIARDINI, F., (1988), *Recuerdos*, precedido de un estudio de F. De Sanctis, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

MAQUIAVELO, N., (1979), *EL PRÍNCIPE (comentado por Napoleón Bonaparte)*, Madrid, Austral.

-(2008), *Del arte de la guerra*, Edición de Manuel Carrera y Estudio de Felix Gilbert, Madrid, Tecnos.

-(2009), *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza Editorial.

POCOCK, J. G. A., (2008), *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Estudio preliminar de Eloy García y Comentario crítico de José Joaquim Gomes Canotilho, Madrid, Tecnos.

ROZO, E., (2007), “Estudio preliminar, antología y notas” de BOLÍVAR, S., *Obra política y constitucional*, Madrid, Tecnos.

SKINNER, Q., (2004), *La libertad antes del liberalismo*, México D. F., Taurus/CIDE.

VIROLI, M., (1997), *Por amor a la patria*, Madrid, Acento.